

A.T.V. 6068

LUCHANA,

ENSAYO EPICO

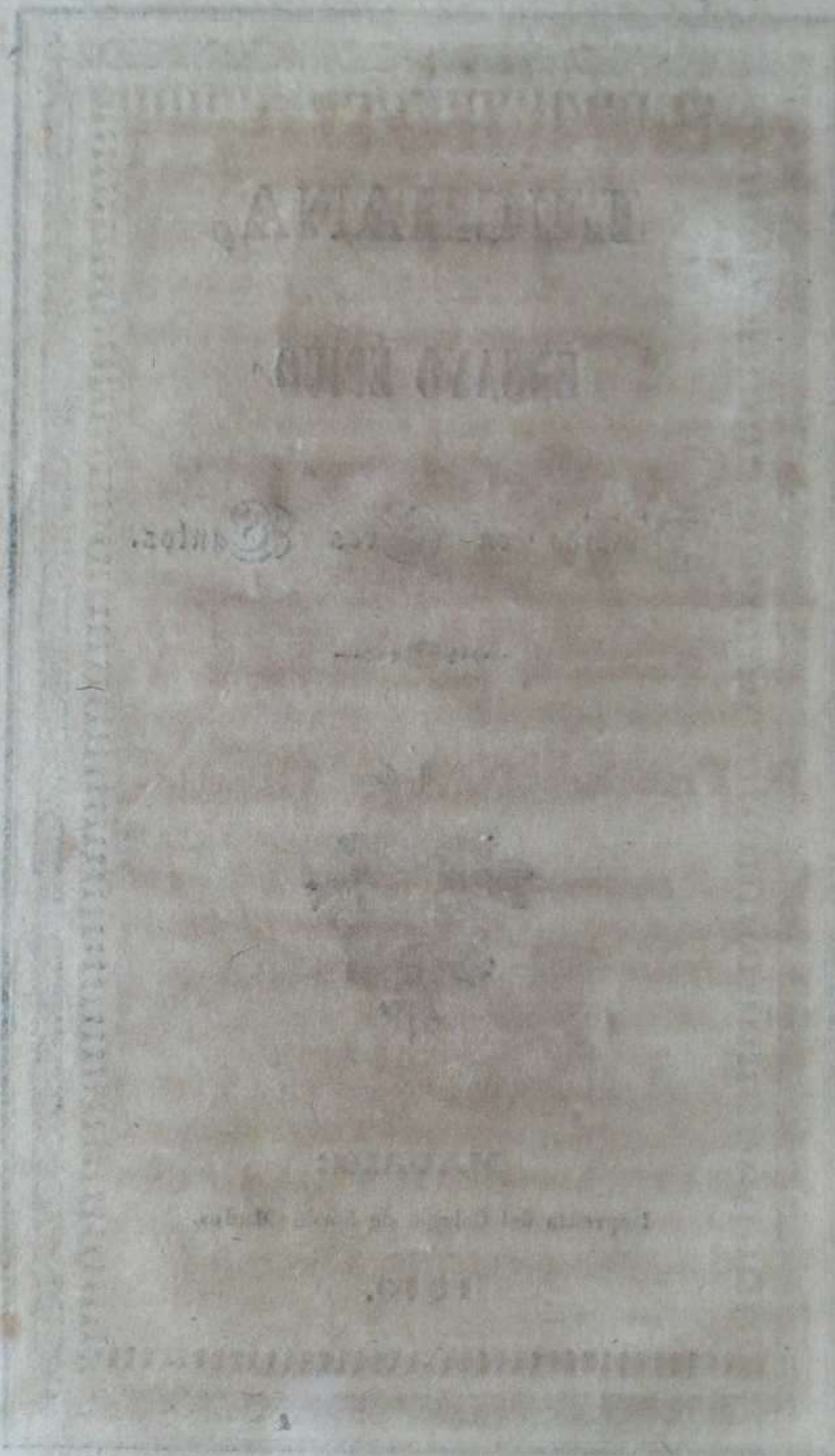
Dividido en Tres Cantos.



MADRID:

Imprenta del Colegio de Sordo-Mudos.

1840.



14900
7791

1.1.V. 5060

LUCHANA,

ENSAYO ÉPICO



DIVIDIDO EN TRES CANTOS:

- 1.º Los Carlistas, 2.º Bilbao,
3.º Espartero.

POR

D. Francisco Navarro Villoslada.



MADRID:

Imprenta del Colegio de Sordo-mudos,

1840.

*Propiedad del Autor. Serán denunciados los
ejemplares que no lleven la siguiente rúbrica.*

A MI MADRE

Doña Maria del Pilar Navarro
Villoslada, de Navarro.

Este es el poema que á principios del año 37 se complacia V. en escuchar de los labios de su hijo, conforme de su rudo ingenio iba brotando. Mi corazon entonces hervia de entusiasmo; porque yo tambien, como los héroes de mi canto, combatia en Navarra por la Libertad, y el estruendo de los combates nos ensordece á otro grito que no sea el de la gloria. Creacion del momento, obra de circunstancias, debió publicarse en aquel tiempo á juicio de uno de nuestros mas acreditados literatos; pero la voz franca y sencilla

de mi conciencia condenaba tanto apresuramiento, y mucho mas en este poema concebido en los primeros albores de la juventud. Circunstancias á la verdad no muy poéticas me precisan hoy á desoir-la, y felizmente para mí, tal vez se haya renovado la oportunidad de su publicacion.

Quizá sea este el único mérito que tenga; pero de todas maneras estoy seguro de que sus ojos de V., madre mia, lo verán con gusto, con entusiasmo, con lágrimas. ¡Fuérame dado verlas derramar en su agitado seno! Mas ya que por ahora la suerte nos separa sea este papel el testimonio del cariño, respeto y gratitud de su hijo.

Madrid 10 de noviembre de 1840.

Francisco.

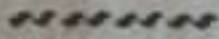


LUCHANA,



CANTO I.

Los Carlistas.



CANTO el asedio de Bilbao, y canto
Del salvador ejército la hazaña.
Vierte á mis labios pródigo tu encanto,
Genio sublime y tutelar de España;
Vierte, y el mundo escuchará mi trompa
Retumbando en las márgenes de Ibero,
Y el magnífico triunfo de ESPARTERO
Del habla hispana con la régia pompa.

Dime: ¿porqué la reina de Cantabria,
Como la estrella del amor graciosa,
Con macilento duelo
Oscureció su faz esplendorosa?

¿Cómo su rico y floreciente suelo
 Tornaron ¡oh dolor! sangre y cenizas
 Con destructora planta, infandas lizas?
 Del cándido regazo de su manto
 Al eco del cañon temblando huyeron,
 Los oídos tapándose de espanto,
 La risa y el placer, enmudecieron;
 Y sus dolientes ojos
 Hambre pálida ven, llanto, amargura,
 Do se mecía plácida la hartura!

¡Cual mi pecho destroza
 El ardiente clamor desesperado
 De viudez y horfandad! ¿Y un hombre (1) goza
 Tranquilo horriblemente, sordo, helado
 Cual verdugo feróz en el suplicio;
 Y tanta sangre con serenos ojos
 Mira, y tantos despojos
 De su loca ambicion en sacrificio?
 El monstruo impune alienta
 Tras de máscara infame en sus horrores,
 Para saciarse ¡oh patria! en tus dolores.
 Tus ayes son su música armoniosa,
 Su arrullo de los libres el sollozo;
 Míralo allí que en insolente gozo
 Tiende á Bilbao la vista codiciosa.

Con sus aúlicos viles encerrado
 En anchurosa estancia,

(1) Don Cárlos.

Sonríe con estúpida jactancia
 Al oír de su ejército acampado
 Los bélicos murmullos impacientes,
 Y el porvenir risueño
 Que el arrogante Eguía le asegura...
 "¡Domador de Bilbao, de España dueño,
 Hollando la cerviz con planta dura
 De la vencida Libertad!... ¡Oh gloria!
 ¿Quién ataja el torrente de mis triunfos?
 ¿Cuan mísera y mezquina
 No será de Bilbao la facil ruina,
 Sinó borro del mundo su memoria!"
 Cual tigre que saciado
 En sangre hirviente, rompe y despedaza
 Por juguete su presa palpitante;
 Tal parece embriagado
 En su ilusion feroz y delirante.

¿Y el adalid rebelde, (1) que en su mengua
 Hizo empuñar la fúlgida cuchilla
 A la invicta Bilbao; con muda lengua
 Verá turbar el plácido reposo
 De la imponente Villa?
 ¿No teme ver el lauro venturoso,
 A su anhelante esfuerzo denegado,
 En otra altiva frente colocado?
 ¿Cómo sufrir tan vergonzosa afrenta?
 De afectos mil su pecho combatido

(1) Villareal, humillado en el asedio anterior de Bilbao.

Es un volcan terrífico, encendido ;
Y en estas voces trémulo rebienta :

“ Si no basta la sangre derramada
Ante los muros de Bilbao, si el cielo
Manda tercera vez cubrir el suelo
De leales cadáveres, corramos :
Si así le place que Bilbao sucumba,
Volemos; solo anhelo
Caer el primero en la insaciable tumba.

“ Mas ¡ ay, Señor, si con pavor se ostenta
Libre tras tanta libacion sangrienta !
Si levanta sus muros arruinados,
En nuestra sangre estéril amasados,
Con insana altivez; y ufana rie
Al escuchar la voz bronca y profunda
De las sombras que vagan
Por las orillas que el Nervion fecunda!

» ¡ Ay Dios! Si el Infortunio
En ellas mora, y ciegos inmolamos
Mas víctimas preciosas en el ara
De Númen tan voráz! ¿Cómo de junio
Tan súbito olvidamos
La espantosa catástrofe; (1) el caudillo,
Del trono escudo, y vengador cuchillo
Que á la espantada Libertad hundiera?
En su sangre teñida

(1) Zumalacarregui murió de resultas de una herida recibida en Begoña, en el mes de Junio de 1835.

Mira la arena de Begoña: escucha:
Pirene gime aun; despavorida
A su hijo llama y nadie le responde:
Vuelve á llamar, y calla; y afligida,
En el pecho infeliz la frente esconde.

» Orillas del Nervion solo resuenan
Los ayes clamorosos
De malogrados héroes: furiosos
Contra el fuerte torreón los ví estrellarse.
Así cual huracán desenfrenado;
Y del muro arrojarse,
¡Desventurada suerte!
En los hambrientos brazos de la muerte.

» Señor, abandonemos
Un campo tan fatal, y en nuestro daño,
La voz no escucharemos
Del amargo y tardío desengaño.
Tercera vez los ecos penetrantes,
Del infortunio en las veloces alas
Al Norte llegarán: tu augusto nombre
Despreciarán vencido amigos reyes,
Cuando triunfante ahora les asombre:
Vacilará tu trono, y el impio
Clamará con placer: "¡El triunfo es mio!"

» Nunca, gran Rey. En tu defensa vela
El ojo del Señor, y su mirada
El camino del triunfo me revela.
¿Toda España es Bilbao? No, la Victoria

Lejos de aquí nos llama;
 Y sobre ella cerniéndose la Fama
 Laureles vierte, inmarcesible gloria."

Dijo, y adusto ceño
 Al semblante del Príncipe aparece,
 Y su ardiente ilusión fugáz se apaga;
 Cual blando y dulce ensueño
 De juegos infantiles desvanece
 Un recuerdo sombrío, que la llaga
 Del alma toca y áspero estremece.

Llena un silencio sepulcral el ámbito
 Del tenebroso y lúgubre aposento.
 El déspota del Miño, (1) confundido
 Por su odioso rival, mueve los labios,
 Y los cierra al momento,
 Al peso aterrador de una mirada
 Del abatido Príncipe, mezclada
 De rabia y de dolor: su luz difunde
 Postrera el áureo sol del horizonte,
 Y en el piélago cántabro se hunde.

Tendió su rico y misterioso manto
 De fúlgido carmin, de viola y oro,
 Serena tarde, el fúlgido tesoro
 Pródiga derramando en la alta cumbre:
 Parece el negro monte,

(1) Eguia, Ex-Capitan General de Galicia.

Muralla del purpúreo horizonte,
El borde de un volcan de inmensa lumbre.

En torno del consejo
Esperan los rebeldes campeones,
El arma abandonada en pabellones
Que raudales de luz vierte en reflejo.
Con el parche imitando
Del suspirado tamboril sonoro
El estrépito blando;
Ancha *boina* gentil de grana y oro
Sobre la blanca frente;
Los hijos del Nervion y Deva ricos
Entonan sus zorcicos,
En la yerba acostados muellemente.

El aire mas allá hiende la barra;
Recta, sin oscilar, rápida y bronca;
El mas robusto brazo de Navarra
La despide á cien pasos rebramando.
Aquella gente indómita y bizarra,
Ancha plaza formando,
Compite en fuerzas con desden sañudo:
En luengos rizos traen el cabello,
Tostado el pecho, y de temor desnudo.
Cuelga del hombro suelta
Manta de cien colores,
La boina al lado vuelta,
Corta chaqueta y rojos ceñidores.
Mas bravos defensores
Contar no puede el déspota ambicioso:

Y con bélico instinto
Sostienen por difícil y penoso,
No por ciega adhesion, á Carlos quinto.

Afable el alavés y cortesano,
En plácido sosiego,
Se embelesa en el juego
Con temeroso afan, de blanda yerba
Tendido en fresca alfombra.

De los erguidos montes parda sombra
Por el profundo valle se estendia,
Y el numeroso ejército acampado
Entre sus densos pliegues envolvía:
Un murmurio confuso y misterioso
Resonaba el rebelde campamento,
Como el Ibero raudo y espumoso,
De altas rocas besando el hondo asiento.
Lago de oscuridad impenetrable
El valle parecia; cien hogueras
De improviso esparcidas relumbraron,
Y rebullendo en torno se mostraron
Soldados mil, aceros y banderas
Con la luz de la llama enrojecidos:
Sonó el ronco tambor, y enmudecieron,
Y al amor de la lumbre se tendieron.
Ni aspiraban allí las auras muertas,
Ni las sutiles hojas se mecían;
Y en el silencio lóbrego se oían
Alternando tristísimas alertas.
Cual sauce funeral, del asta pende

El real estandarte desmayado,
Que ondear en Bilbao necio pretende.

¡Ah! que en profunda calma
Descansa el mundo, y desgarrando el alma
Pasiones mil en el Consejo velan
Reluchando entre sí: bien como cuando
Sopla huracan violento,
Se azotan las palmeras, retemblando
Del monte el ancho asiento;
Sacuden con furor la erguida pompa;
Hasta que al choque bárbaro se rompa.

A tanta agitacion helado espanto
Sigue; retumban pavorosos truenos;
El pavimento umbrío se estremece;
Desgájase la cóncava techumbre,
Y en nube como el ébano aparece
Fatídica Deidad, del alto trono
Vertiendo triste lumbre.
Centellean sus ojos,
Cual los del tigre rojos;
Puñal sangriento, agudo,
Su diestra empuña, y cuelgan cien cadenas
Desde su brazo lívido y desnudo.
Ferreo cetro la siniestra mano
Sostener puede apenas.

"Débil monarca," dijo en firme acento,
» El Despotismo soy: desde el oriente,

Donde la sangre en humeante nube
 Hasta mi trono sube,
 Y mi pecho regala y alborozaba;
 Vi tu espléndido ensueño:
 En delirio magnífico y risueño
 Preparabas al triunfo la carroza
 Que la vencida Libertad rastraba
 Sobre las ruinas de Bilbao; las manos
 Atadas de sus fuertes ciudadanos:
 Y una voz se elevára, y vacilaste,
 Desesperando luego:
 ¿Y tu inflexible voluntad ya ciego
 Rindes á la opinion? Déspota imbécil,
 ¿Te amedrantó la sangre! ¿No es la sangre
 El sabroso licor de los tiranos?
 Tu sed de dominar sáciase, y junto,
 Afírmese mi trono en occidente.
 Los que libres se aclaman hoy ufanos
 Estas cadenas besen; cual torrente
 Corra hirviendo su sangre!... ¡Desgraciado,
 Si su altivez no abates, su insolencia
 En esos flacos muros! si triunfante,
 Sobre sus ruinas tu pendon no mece
 Mi soplo aterrador! ¡Ay, si un guerrero
 En LUCHANA aparece,
 De libertad espléndido lucero!

„Su velo impenetrable
 Ante mis ojos levantó el destino;
 Temblando vi su libro diamantino,
 Y escrito en él, cual fúlgida centella,

De LUCHANA, VERGARA y de MORELLA
Los espantosos nombres,
Y estas palabras devoré con saña:
La suerte de Bilbao es la de España"

Dijo, y desapareció: lanzó el tirano
Agudo grito, y los nublados ojos
Escondió tras su mano,
Y mudo, y yerto se postró de hinojos,
¡*Luchana!* repetía
Aterrado: ¡*Luchana!* en voz sombría:
¡*Luchana!* en sus oídos
Zumbaba el eco lúgubre y profundo,
Cual la trompeta horrisona del ángel
Sobre la tumba universal del mundo.

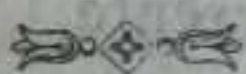


The first part of the paper
 is devoted to a general
 introduction of the subject
 and a statement of the
 main results. The second
 part contains the proofs
 of the theorems. The
 third part is devoted to
 some applications of the
 results. The fourth part
 contains some remarks
 and references.



CANTO II.

BILBAO.



Como el leon del ancho anfiteatro
Tendido espera en la sangrienta arena,
De vencidos cadáveres sembrada,
Al nuevo luchador; quieta y serena,
Asi Bilbao á su tenaz contrario,
Mansamente adormida
Sobre palmas, coronas y trofeos,
De valor y constancia apercebida.

Dos veces, dos con temerario arrojó
Su furor los rebeldes provocaron,
Y con tremendo enojo,
Cruenta diestra alzaron
Dos veces los guerreros de la Patria,
Y su orgullo insensato quebrantaron.

¿Quién ora audaz intenta
 Despertarla otra vez? Al fuerte muro
 ¿Quién se atreve á tocar? ¡Oh! como es duro
 Escarmentar á la ambicion sedienta!
 Miradlos entre nube polvorosa
 De Archanda coronar la calva cumbre.
 El acero inclemente
 Roba la grata lumbre
 Al horno esplendoroso del Oriente:
 Auméntase la armada muchedumbre,
 Y serpea el reflejo, y se dilata,
 Cual hinchado torrente
 De vívido raudal y olas de plata.

¡Ay, que con bronco estruendo
 El carro atronador sube, arrastrando
 El bronce airado; y con maligna saña
 Siéntase en él la muerte, amenazando
 La impávida Bilbao; sobre sus muros
 Tres veces ¡ay! blandiendo la guadaña!

Arde la Villa en bélico alborozo
 Al verlos, y los ecos de la trompa,
 Que al defensor adormecido llaman,
 Por las calles y plazas se derraman.
 Cual, de esposa gentil férvido abrazo
 Al oírlos suspende;
 Y cual del blando, maternal regazo,
 Para ceñir la espada se desprende.
 Despierta del estático embeleso
 Aquel, y de un ensueño de delicias;

Y esquivá el otro el encendido beso,
Y del tálamo ardiente las caricias.

¿Tan estériles son vuestros gemidos?
¿Tan frías vuestras lágrimas copiosas?
¿Tan poco seductor es vuestro acento,
Vírgenes de Bilbao? Rasgad el viento
Con doloridos ayes; tierna esposa,
Clama, si, clama: el pecho enamorado,
Que tan ferviente un día
Su pasión te decía,
¡Ah! no es de mármol, no: muéstrale el fruto
De su amor inocente:
Dile si en llanto, en abandono y luto,
Puede hundirte ¡cruel! eternamente.
Vacilará; las maldecidas armas
Lanzará, de horror lleno,
Lejos de sí; y en tu adorado seno
Al hijo estrechará... ¡Jamás tu frente,
Heróica Bilbao, ante la Patria
Alzarás con rubor! Tu pecho encierra
Mayor sublimidad; valor inmenso,
Que á los siervos y déspotas aterra!

Allí veo tus vírgenes hermosas
A su amante ceñir la espada fuerte,
Mostrándoles la senda de la muerte,
O de victoria y Libertad gloriosas.
¡Cual inflaman los trémulos ancianos
El pecho de sus hijos!
"¡Ah! Nunca transigir con los tiranos!

¡O muerte, ó libertad!” dicen briosos.
 “¡Lo juramos!” responden animosos,
 Y á los muros se arrojan impacientes
 Del viento de entusiasmo arrebatados,
 Entre cánticos mil de hirvientes coros;
 Bien como al circo los bramantes toros,
 De aclamadora turba celebrados.
 Coronada está ya la erguida almena
 De cien vívidos pechos donde late
 Avido el corazón de fama y gloria,
 Anhelando el momento del combate.

¡Inclitos de Bilbao, todo es en vano!
 Os detestan y os tiemblan,
 Como al Genio del mal: pérfida astucia
 A vuestro esfuerzo incontrastable oponen.
 El castillejo mísero y lejano
 Bajo las plantas sofocar disponen
 De innumerable ejército: su rabia
 Allí dirigen ¡ay! con vano alarde,
 Temiendo el brazo de Bilbao. Cual lobo
 Famélico y cobarde,
 Acecha tras del risco
 A la tímida oveja descarriada,
 Y lejos la devora del aprisco;
 Así la infanda turba encarnizada
 Arruinó los endebles torreones,
 Que separados del materno seno,
 Sosteníanse apenas. ¡Oh, que mengua!
 El arena cubrir bajo las plantas
 De aguerridas legiones

Rebentar atronando cien cañones
De un puñado en redor , sin mas auxilio
Que su esfuerzo y valor desesperado!

¿ Y quién , quién es osado
A ofrecerles la bárbara cadena,
Cuando pueden morir? ¿ Cuando sañuda
pueden alzar la diestra vengadora?
"¿ Quién vacila', quién duda
Entre inhumana esclavitud ó muerte?"

Asi dicen airados
De San Maméd los bravos defensores
Sobre escombros de muros destrozados;
Y cada cual se lanza ,
Con la furia del rayo á la venganza.
Fuego y sangre vertiendo por los ojos,
Mézclanse por las haces , desordenan
Las beligeras masas , sus aceros
Mil veces se levantan humeando ,
Y se hunden otras mil en las entrañas
De inflexibles guerreros,
Que de vergüenza y cólera temblando,
Revuélcanse en el polvo enrojecido,
Y con rabia espumosa,
Con vista amenazante al cielo miran,
Maldiciendo al tirano fementido,
Que los inmola sin piedad... y espiran.

Mas; ¿ dó van ya los héroes furiosos?
¿ Cómo no brilla su tremenda espada

Sobre los hijos del error? Cayeron:
Cayeron ¡ay! sangrientos y sudosos,
Hartos de agena muerte, por cien bocas
Brotando noble sangre perecieron,
Cuando la mano desmayada y fria
A su bélico ardor no obedecia!

¡Ah! miradlos tendidos sobre montes
De enemigos cadáveres; sus labios,
Aun yertos, me figuro sonriendo,
De patria el dulce nombre
Con ansia repitiendo!
¡Ah! No. ¡Fuese verdad! Aun no pisára
De San Mamed las ruinas
El sitiador, ni su altanera frente
Con vergonzoso lauro engalanára!

¡Baldon y vilipendio de la historia
Al vil conquistador de árido escombros!
¡Mezquina, vive Dios, infanda gloria!
Si el fuerte defensor que fue su asombro
Por dicha aun alentára,
¿Cuándo ¡infeliz! el himno de victoria
Desvanecido el vándalo cantára?

Ufano su caudillo
Del inmérito triunfo ignominioso,
Esgrimiendo fulmineo cuchillo,
Sus huestes arrogante recorria
Montado en su bridon fuerte y brioso,
Y con robusta voz alborozada:

» Venid, hijos, decia,
Que ya vibra en su diestra omnipotente
El justo Dios la vengadora espada,
Y abate la impiedad su torva frente.

» Tended la vista á la ciudad fastosa
Ceñida de muralla formidable,
En su necia soberbia presuntuosa
La mísera se juzga inespugnable.
Aun sus torres magníficas ostentan
Trofeos mil que nuestro pecho irritan;
En sangre reteñidos nos afrentan,
Y: ¡venganza! sin fin: ¡venganza! gritan.

» ¡Venganza si! ni tregua, ni sosiego
En nuestra armada mano:
Ni paz hasta abatir su orgullo insano.
Arda en el pecho el iracundo fuego;
Y... ni piedad, ni compasion: el dia
Llegó del esterminio, ¡á muerte y saco!
Hartémonos por siempre en sangre impía.»

Dijo: airadas las huestes,
Odio feroz, venganza respirando,
A la villa impertérrita caminan
Al déspota ambicioso proclamando.
Sintió el rio la ruda muchedumbre
Y en su trémula espalda la cadena
Rugir, y sacudiendo
El yugo que á la infamia le condena,
Embravecido, de furor hirviendo

Lo muerde y baña con rabiosa espuma,
 Como el leon el hierro que le abruma.
 Vuelve en torno los ojos centellantes,
 De cólera temblando
 Al ver á sus contrarios arrogantes:
 Levántase y agita sus cabellos
 De laurel circundados y espadaña,
 Y con voz retemblante, atronadora:

“¡Miserables, gritó, tendéis en vano
 La cadena opresora!
 Nunca Bilbao sucumbirá al tirano!
 Guay! si en Luchana el Adalid se muestra,
 Irresistible, aterrador: su diestra
 Espantadora empuñará el acero:
 Sus ojos irritados
 Os sorberán, cual vértigo, hacinados.
 Guay! si asoma ESPARTERO!
 Donde nació la lucha fatricida,
 Escrito está en los hados,
 Allí será su tumba aborrecida.

Dijo, y lanzó un bramido tremebundo:
 Pirene conmovió su eterno asiento,
 Y el Nervion se ocultó bajo el profundo.
 Y el vándalo tenaz, que ardiendo en ira
 La impávida ciudad amenazaba,
 Con temerosa planta se retira,
 Cercado el corazon de frio espanto.
 Asi el dintel traspasa en negra noche,
 Con siniestra intencion, del templo santo

El profano sacrílego, y divisa
 Un espectro sombrío, amenazante,
 Que en las augustas bóvedas ostenta
 Ojos de llama y lívido semblante,
 Y con azote crujidor le ahuyenta.

Tendió la noche alfombra primorosa
 De záfiro y brillantes recamada,
 Y la luna con planta magestuosa
 Hollaba su magnífica morada.
 Absorto y mudo el universo via
 De la nocturna reina la grandeza,
 Que derramaba en pródiga riqueza
 Aljófares y lumbre y armonía.
 Sobre el medroso muro
 Duerme su defensor; y en albo ensueño,
 Genio fugaz, aéreo, risueño,
 Corona su alma sien, y entre lo oscuro
 Se pierde: en tanto vela
 Con segura pupila el centinela,
 Y su acento se oía,
 Que el silencio augustísimo rompía.

Mas, ¿qué súbito estruendo,
 El eco ensordeciendo,
 De las montañas hórrido retumba?
 ¿Qué diluvio de fuego fragoroso
 Inunda la ciudad? ¿Será que el cielo
 Tornarte quiera cineraria tumba,
 Angustiada Bilbao? Mira partirse
 El ancho firmamento

En surcos mil de fulgurante llama,
 Cual la espantosa crin de los cometas:
 Oye ¡cuán ronco brama
 El cielo en su furor! ¡Cuán aterrado
 El mundo retembló de polo á polo!
 ¡Ay triste! al cielo solo
 Sucumbirás; los débiles mortales
 Jamás pudieran domeñar tu frente:
 Admirarte y callar érales dado:
 Pero vencerte?... á brazo omnipotente!

¿Y el Dios de mansedumbre
 Contigo tal rigor, tanta crudeza?
 ¿Ya no manan sus labios dulcedumbre
 ¿No somos libres, ¡ay! no son criados
 Los hombres á su imágen y grandeza?

¡Ellos son, ellos son! Desesperados,
 Cobardes y rabiosos,
 Con máquina infernal que el miedo inventa,
 La humanidad escarnecida hollando,
 Hundir pretenden el valiente pueblo,
 Que vencedor, altivo se presenta,
 Esclavos y tiranos baldonando.

¡Ay, qué truenas el cañon, y pavorosa,
 Rasgando el aire con silvido horrendo
 La bomba cae; rebienta desastrosa
 Magníficos alcázares rompiendo;
 Lanza pesados mármoles; los techos
 Al cielo suben; arcos y columnas

Desplómanse desechos,
 Sepultando á la vírgen aterrada,
 En brazos de su madre abandonada.
 El estruendo se aumenta; enciende el viento
 Otra bomba, otras mil, y bambolea
 La atónita ciudad desde el cimiento;
 Y roja y atezada en torno humea.
 Sube fragosa llama
 Por cien torres altísimas, y ciento
 Tras redoblado estruendo desaparecen.
 Y voraz se derrama
 Los palacios y templos devorando;
 Donde en heladas lágrimas bañando
 Ancianos mil sus canas temblorosas,
 Piedad al cielo en vano demandaban;
 Y la muerte tranquilos esperaban,
 Abatida la faz contra las losas.

No de otra suerte con furor tremendo
 Vesuvio sacudió su hendida frente,
 La luz del firmamento oscureciendo
 Con sulfúreos negros torbellinos;
 Del hondo seno vomitando ardiente
 Cien rocas abrasadas,
 Y torrentes de lava que inundaron
 A Herculano y Pompeya amedrantadas.

¿Dónde afirmar la temerosa planta....?
 ¿En donde hallar asilo
 Para el niño infeliz?... Progenie cruda,
 ¿Ni su inocencia cándida le escuda?

¿Ni la belleza detener el filo
 De tu venganza puede?
 ¡Ay! su rigor no cede
 Con suspiros ni lágrimas. ¿En dónde
 La madre sin ventura
 Al hijo tierno esconde?
 El solitario hogar, ya vacilante,
 Será tal vez su eterna sepultura!
 "¡Huyamos!" dice, y salta estremecida
 Entre escombros y siniestros resplandores,
 Pálida, desceñida,
 Desgreñado el cabello
 Por el desnudo cuello.
 ¡Ay! la prenda infeliz de sus amores
 Cual besa contra el seno! cual estrecha
 Con sus desnudos apretados brazos,
 Que muralla de bronce se figura!
 Huye de tanto horror por la ancha calle,
 Y súbito se enciende
 Con nuevo resplandor el ímpio cielo;
 Y una bomba mugiendo se desprende
 A los pies de la madre horrorizada;
 Y lanza un grito, y cae desplomada.
 Se mece en tanto la preñada bomba
 En el suelo espantado: colorea
 Cuanto va á destrozar, y centellea
 Hasta los cielos, cual ardiente tromba;
 Y rebienta con hórrido estallido,
 Y..... ¿dónde, pobre madre, á dónde has ido?

Asi el anciano yerto fenecia,
 Asi la vírgen y el guerrero fuerte;
 Y con gozo infernal la hambrienta muerte
 Sus descarnadas fauces conmovia.
 ¡Al borde ya de la insondable tumba,
 Viéraslos sonreír! gritar, ardiendo
 El generoso pecho en patriotismo:
 "Bilbao y Libertad!" y repitiendo
 Tan sabroso clamor, de las almenas
 Inflamar el cañon, y en el abismo
 Las falanges hundir de espanto llenas.

Las doncellas, que tímidas un tiempo
 Su angélica belleza recataban,
 Por entre el plomo silvador corrían
 Y al guerrero espirante consolaban;
 Que en el plácido sueño de una muerte
 Tranquila y sin temor, tal vez creía
 Que el ángel de la Patria
 Le guiaba triunfante
 Al alto Olimpo, en nube fulgurante.

¡Divina Libertad, bendita seas!
 ¿Quién tiene, quién tu inmenso poderío?
 ¿Quién tu mágico fuego,
 Engendrador de la virtud, del brio?
 A tu soplo vivífico levanta
 Su frente el heroismo esplendoroso,
 Y en pos va de tus huellas,
 Como en torno del sol raudas estrellas.
 ¡Gloria al Genio sublime y poderoso

Que se elevó del polvo, y aterrando
A los tiranos, pronunció tu nombre,
De sus cadenas rescatando al hombre!
En Iberia sonó: los hondos huecos
De Pirene y de Calpe retumbaron:
¡Libertad! ¡Libertad! y tantos ecos
Al rudo despotismo amedrantaron.
¿Qué sirve ya, ¡que la segur esgrima
En torno de Bilbao? ¿Qué vierta saña
En un rincón de la anchurosa España?
Si altivo y libre espíritu te anima,
¿Quién dobla tu cerviz y la maltrata,
Indómita Bilbao? ¿Quién arrebatá
Tu libertad, tu paladion divino,
Que llevas á la lid sobre los hombros?
¿Será el ufano sitiador que el muro
Trocó en negros escombros,
Al redoblado horrisono estampido
Del bronce destructor, enfurecido?

¡Ay! míralo venir, como un torrente,
Que la selva atronando,
Desde las altas rocas se derrumba.
Flamígeras antorchas empuñando,
Mortíferos aceros,
Se acercan mil guerreros,
Con gritos insultantes desdeñando
La mezquina victoria
Que Bilbao les ofrece; derruida,
Yerma de combatientes y abatida.

Como el leon, que en la abrasante arena
Al rigor sucumbió de cien combates,
Tiende en las garras su gentil melena,
Anegado en su sangre y moribundo;
Las fieras mismas que al mirarle huían,
Y á su quieto alentar se estremecían,
Insultan ora su dolor profundo:
Y aun alguna que fuera
Un tiempo su rival, salva en la fuga,
Su fin cercano pérvida acelera.
¿Se humillará en indigno sufrimiento
El terror del desierto enmudecido
De su tremenda cólera en el dia?
Nunca! Mirad su rostro macilento
Cual arde enfurecido!
¿Cual inquieto resuella,
Y la melena heriza,
Y el ultrajado pecho se electriza!
Y se levanta, ruge, y desaparecen;
Y tras ellos se lanza,
Cevándose en horrores y matanza.
Asi, Bilbao, del afligido seno
Olvidando el dolor, airada corre,
Donde su brazo y su pujanza borre
La mal sufrida y castigada afrenta,

¡Oh! Dejadla; vereis como escarmienta
Esa arrogancia insana,
Y la rabia impotente
Del bárbaro enemigo combatiente.
Ya la muralla trepan,

Que allá en San Agustín fué desplomada
 Del bronce á la esplosion consternadora.
 Retumba el alarido
 Del combate señal, mas espantoso
 Que el hórrido rugido
 De cien tigres sedientos,
 Del árido desierto en los tormentos.

Confúndense los bravos campeones:
 Los libres circundados
 De cien brazos membrudos,
 Que con hierros agudos
 Se arrojan á su pecho encarnizados;
 Revuélvense, cual vértigo sañoso,
 Y esgrimen rojo acero,
 Cabezas mil con ímpetu humillando,
 Como desgaja el rayo el cedro añoso.
 ¿Qué sirve allí la corpulenta lanza,
 El fino casco de templado acero,
 En que librais la mísera esperanza
 De ser dichosas, vírgenes de Ibero?
 Blanden potentes fúlgidas cuchillas
 Los hijos de Bilbao, y al raudo tajo
 Salta la pica trémula en astillas,
 Y casco y frente junto
 Del hombro colosal ruedan abajo.
 ¡Oh! Ved la osada muerte
 Sutil calarse por la herida al punto,
 Y el ígneo semblante
 Amarillo tornar, helado, inerte.

Calma espantosa á la tormenta sigue:
Sobre el arma en terrífico reposo
Descansa victorioso,
El libre campeón; en torno mira:
No hay un contrario en pie, nadie respira.
Las rasgadas entrañas palpitantes
Bullen aún tendidas por el suelo,
Y la sangre en vapores humeantes
Formando rojas nubes llega al cielo.

¿Mas qué nuevas legiones ora inundan
El combatido fuerte?
El rebelde Adalid vió con espanto
El valor de Bilbao: la misteriosa
Aparición recuerda y palidece:
De furor y despecho acerbo llanto
Roba á su audaz pupila
La luz, y calma el congojado seno,
Cual úlcera el dolor, cuando el veneno
Entre la sangre pútrida destila.
Y su vergüenza en cólera tornando,
A los suyos incita á la venganza,
Su desmayado espíritu animando.

"Si cien y cien campeones
De oprobio en la muralla se cubrieron,
Mil y mil vencerán: su aguda lanza
Se embriagará con sangre." El ancha boca
Del caído torreón cubre su gente
Con brazo armado y furibunda frente.
Seguro de venganza, aquel provoca

De los libres la ira:
 El uno les insulta y amenaza,
 Soberbio el otro y con desdén les mira.
 Los héroes impávidos sonrien:
 Se lanzan al combate,
 Y estréllanse furiosas oleadas
 Que su incansable diestra al punto abate,
 Por mas que otras sucedan y se empujen
 Anhelando llegar. ¡Oh! ¡Cómo rugen
 En torno de los héroes! En vano,
 En vano es tu constancia, invicta Flavia, (1)
 Infatigables son, osados, rudos
 Cual las ondas del férvido Oceano.
 ¡Piedad, piedad, gran Dios! Si tus furoros
 Exigen una víctima inocente,
 No sea el combatiente
 Que aqui de lauros se miró cercado...
 ¡Digno era de vivir eternamente,
 De la Patria en el seno acariciado!

Vivirá; vivirá, que ya le inspira
 El Genio de Numancia,
 Que su antorcha agitando
 En derredor de la gloriosa pira,
 La indómita ciudad miró abrasarse,
 Caér del Capitolio la arrogancia;
 Y á la luz de la hoguera triunfadora
 La gloria de cien pueblos eclipsarse.
 Asi en San Agustín bramando sube

(1) Flavia, nombre antiguo de Bilbao.

Por claros y ventanas destructora
Llama deslumbradora
Con candente fragor: enormes vigas
Ardiendo caen y el marmóreo techo
Desplómase, las turbas enemigas
Sorbiendo en hondas tumbas,
Ascua y cenizas retemblantes hecho.
La niebla del temor intensa y fría
Cobija á la salvada muchedumbre;
Y del incendio á la purpúrea lumbre
Mudo su rostro y pálido se vía,
¡*Libertad* y *Bilbao*! entonces claman
Los héroes hirviendo:
¡*Bilbao*! los ecos plácidos reclaman,
Y con mengua los vándalos huyendo
Se atropellan, se pisan y encaraman:
¡*Bilbao*! despavoridos repitiendo.





CANTO III.

ESPARTERO.

Eres, Flavia, ¡ay dolor! la que te erguías
Con soberbios alcázares ufana,
Y espléndida, gentil, rica y galana,
En el límpido Nerva te veías?
El balsámico aroma de los valles
Con mágico deleite te embriagaba;
Y el tamboríl armónico sonaba
Por tus amenas calles,
Y en patriarcales danzas te agitaba.
¡Ay! ¿Eres tú, Bilbao?... ¡Impía suerte!
Con lauros y guirnaldas inmortales
Cubre el sangriento y destrozado seno!
¡Miserable! cual sonrie ante la muerte,
Circundada de rayos celestiales!
Desconsolada, herida,
Con gloriosas victorias consumida,

Su mórbido semblante palidece
Y el brillo de sus párpados acrece.

¡O triste! Abandonada
Del cielo y de la tierra,
En cruda, eterna guerra
Habrás de perecer sin ser vencida?
¿Del vándalo brutal serán despojos
Tus galas y tus vírgenes hermosas?
¿Nadie te tiende salvadora mano?
¿Nadie?... Levanta los ardientes ojos;
Mira al confín del cántabro horizonte
Tremolar un pendon, que el viento insano
Azota y desarrolla: mira en torno
Mil aceros brillar: escucha el eco
Del agudo clarín: oye el relincho
Del fogoso bridon, que inquieto bate
El duro casco, resonante y hueco.
Arde en sed de combate
El nuevo campeón; el arma agita
Temblando de impaciencia, y canta, y grita...
¡Ay!.... escucha, Bilbao!.... ¿No te enardece
El himno y te enagena?
¡Libertad! ¡Isabel! ¡Bilbao! resuena.
Ellos son, tus hermanos!
Benigno, bondadoso
El Señor te miró; pueblo dichoso,
Tu nombre es el baldón de los tiranos.

Mira, mira al magnánimo caudillo
Tendiéndote los brazos anhelante,
Cual madre desalada

Que de lejos divisa al hijo ausente;
 Y volviendo á sus tropas el semblante:
 "¡Allí!" les dice en lágrimas desecho;
 "¡Hijos, allí!" repite: el lloro hirviente
 Su voz ahoga en el ansiado pecho.

¿Quién es el hombre audáz, quién el gigante
 Que tantas huestes arrollar pretende
 Sin contarlas? ¿Quién es? Al Despotismo
 Hoy hace rechinar; en ira enciende,
 Y del cóncavo abismo
 Los pavorosos ángulos retiemblan.
 ¿Quién le infunde temor? ¿Quién su memoria
 Con fantasmas terríficos agita?
 Es ¡oh Dios! **ESPARTERO**,
 El hijo predilecto de Victoria,
 El rayo de los déspotas!... Dejadle:
 Ya desnudó su tremebundo acero
 Que nunca infiel olvidará su mano,
 Mientras la torva frente
 En Iberia levante cruel tirano.

¿Qué sirve al monstruo las horrendas furias
 Descadenar? ¿Que contra el noble intento
 Del caudillo valiente las incite?
 Qué viperina cabellera agite
 En medio de la tropa amedrantada
 Y la infunda terrífico su aliento?
 ¿Quién del nuevo Adalid el ardimiento
 Templa, y osa parar su diestra airada?
 La imagen de Bilbao ensangrentada
 Le anima y le conduce,

Como á Israël de fuego la columna;
 Por mas que en derredor estalle el bronce,
 Y cual granizo espeso el plomo cruce.

Armada muchedumbre de enemigos,
 Tras robustas trincheras,
 El áspera montaña inaccesible
 Guarnecen; ¡ay! asoma en las Banderas
 Ancha boca el cañon: tras de Luchana
 Un bosque de animosos campeones
 El derribado puente
 Defienden; impaciente
 Mira el rebelde ondear nuestras legiones.
 Por enemigas furias desatados
 Braman los vientos rígidos, y truena
 El cielo retemblándose; la lluvia
 Azota con rigor la faz serena
 Del belígero fuerte.
 ¿Quién osa un paso dar?... Estéril muerte,
 Horrores esquivando...
 ¿Por qué no huís, guerreros de la Patria?
 ¡Huir! ¡Huir, el lauro deshojando
 De cien triunfos tegido!
 Las espléndidas glorias empañando
 Que vuestro ídolo han sido!
 ¡Jamás el libre se hundirá en la afrenta!

¿No visteis serpear ondas tras ondas
 Del inquieto Oceano,
 Inflamadas de tristes resplandores,
 Mientras duermen los vientos bramadores
 Melancólica tarde en el verano?

Asi marchan intrépidas las huestes
 Con sublime silencio al puente estrecho,
 É impávidas presentan
 Á los bronce que horrisonos rebientan,
 Indefenso y tranquilo el libre pecho.
 Ni entorpecen su paso magestuoso
 Las amigas legiones escogidas,
 En exánimes montes convertidas
 De sombríos cadáveres; sañoso,
 Respirando furor Ulivarrena,
 Al frente de los ínclitos que el nombre
 Llevan con dignidad de Numantinos,
 Y otros de alto renombre,
 Al puente aterrador ciego se lanza,
 Sediento de venganza.

Enmudece el cañon hondi-tronante:
 La escasa y triste luz del firmamento
 No roba el plomo ya, surcando el viento
 Con silbo zumbador y penetrante.
 No porque el bronce calla
 Cesa tambien la lid: dejad que vibre
 La encallecida mano el fulminante
 Hierro que rasga la ceñida malla.
 Acero con acero, siervo y libre
 A muerte traban singular batalla!

Densa y opaca nube reteñida,
 De humo y vapor sangriento,
 Encubre á los feroces combatientes.
 Crujen de tablas débiles los puentes,
 Y vacila su asiento,

Al peso de la grave muchedumbre.
 Se oye un rumor confuso
 De coléricos gritos sofocados,
 De mandobles y tajos: brotan lumbre
 Los aceros chocándose empujados,
 Y la súbita luz horrible baña
 Un rostro furibundo y espumoso,
 Que blasfema con saña,
 Desfigurado, horrendo y polvoroso.
 Al brillo, así, de un rayo que retumba,
 Tras seco y ronco trueno en la tormenta;
 Se ve el horror de derribada tumba,
 Que muerte dentro y podredumbre ostenta.

¡Ay! cual corre la sangre denegrida,
 Del disputado puente rebosando!
 ¡Y cuántos campeones resbalando
 Sepúltanse en el agua enrojecida!
 ¡Oh que horror! El guerrero se detiene
 Entre tibios cadáveres que huella:
 Ya no puede avanzar, brama irritado,
 Y se esfuerza, y de víctimas y sangre
 Mas y mas cada vez se ve cercado.

¡Sangre al error y á la ambicion vertida!
 Toda española!.... en clamorosa nube
 Al trono de Dios sube,
 Y enfurece su diestra que estendida
 Maldiga sin piedad al que primero,
 En lucha fratricida
 Sacrilego empuñó villano acero!
 La execracion del huérfano, y el odio

Que la viuda mísera fulmina
 A la mano asesina,
 De su inmenso dolor en el delirio;
 ¡Cielos, no sea vano,
 El pecho abrumen del feroz tirano!

Mas, ¡ay! éste, sereno,
 Impasible se goza
 De infames lisonjeros rodeado
 Que á su ambicion sonrien, en el seno
 De los pueblos incautos que destroza.
 ¡O dolor! y entre tanto
 Tiñe en sangre inocente
 El verde campo su lozana frente,
 Su espalda el sacro rio con espanto!
 Y sus huestes vencidas
 Huyen gimiendo al escabroso monte,
 Diezmadas, sin honor, despavoridas.
 Y mas allá del combatido puente
 El triunfante adalid "¡Victoria!" esclama
 "¡Victoria y Libertad!" responde ardiente
 El hijo de la Patria; y áun es fama
 Que al mágico clamor de gozo hirviendo
 Nervion ensangrentado:
 "Descansa ya, Bilbao," dijo rugiendo:
 "Apareció en Luchana el deseado!"

Era la noche: horrendos nubarrones
 Empujados del viento raudos flotan,
 Y la lluvia desprenden á turbiones
 Y del campo la faz con rabia azotan.
 Sopla bramando el ábrego eon saña,

Y se cruza el llover: y turbio crece
 El hinchado Nervion, se ensoberbece,
 Desbórdase talando la campaña,
 Sacude con fragor ondas de espuma,
 Y se cubre de bruma,
 Y desdeña ser rio,
 Remedando el furor del mar bravío.
 Cual dragon enconado
 Silba horrible huracan descadenado
 En la erizada sien de la alta sierra;
 Y su pompa bizarra
 Frenético desgarrá,
 Y los robustos árboles aterra,
 Que al hondo valle ruedan atronando,
 Cadáveres sin cuento magullando.

Aterido el guerrero
 En el húmedo suelo reclinaba
 En sangre agena y propia el cuerpo tinto;
 Y el macilento rostro sepultaba
 En el ardiente pecho,
 Vuelto á la lluvia y aquilon desecho.
 Rotas corazas, sables y banderas,
 Cadáveres, guerreros moribundos,
 Sembrados cubren los vecinos campos;
 Con voces penetrantes lastimeras,
 Y suspiros profundos,
 A compasion escitan,
 Y mas los cielos rígidos irritan.

¡O que trance cruel!.... Do quier resuena
 El ay de muerte helándose en la boca;

Do quiér el huracan rugiendo atruena,
 Y los gemidos últimos sofoca.
 Y sañudo granizo en el semblante
 Rebota del guerrero agonizante,
 Y cada vez mas cruda, embravecida
 Rueda la tempestad: frígida nieve
 Desciende en remolinos
 Y cubre tanto estrago: nadie mueve
 Los duros, tiesos brazos mortecinos.
 Magnánimo el soldado
 Con rabia observa que su mano inerte,
 Presa del hielo y muerte,
 Alzar no puede el ponderoso acero:
 Contra el tibio cadáver enemigo
 Se estrecha y busca abrigo;
 Con prestado calor su pecho late,
 Y anhela conservar un solo aliento,
 Para exhalarlo en el primer combate.

Pero ¿qué opaca sombra se desliza
 Entre los yertos, míseros soldados,
 Cual negro espectro que el cabello eriza?
 Se para, y el gemir de los penados
 Cesa en aquel momento:
 No ya pueblan el viento
 Nombres idolatrados
 Del hijo, esposo, y del anciano padre;
 Ni entre el agudo y bárbaro tormento
 El constante galan su hermosa llama:
 Libertad, libertad ahora inflama
 Su corazon grandioso,

Con mas noble entusiasmo y pura llama.

"¡Libertad, Isabel!" la sombra grita

Y el soldado animoso

Tan gratos nombres con fervor aclama;

O tal vez espirante,

El sacro grito oyendo,

Con frios labios: "Libertad" repite,

Y muere dulcemente sonriendo.

¿Será tal vez un Dios el que conmueve
Asi los blandos pechos? ¿Quién se atreve
A despreciar la rígida crudeza
De tormentosa noche?... ¡El es! Miradle:
El aguerrido, intrépido **ESPARTERO**
Que su pena olvidando
Consuela al frio, exánime guerrero,
Cual tierna madre, y dice: "Camarada,
Un esfuerzo y Bilbao está salvada"

Al nombre de Bilbao yerto el valiente
Serpear en sus venas fuego siente,
Y se levanta audáz, y al labio aplica
El clarin animoso;
Y sobre el ala de aquilon sañoso
Rueda su agudo son, y vivifica
Los enervados brazos,
Rompe del hielo los inmables lazos,
Y el eco lo derrama y multiplica.
Mil bravos mas lo oyeron,
Y sus manos heladas
Al fervoroso pecho obedecieron;
Y el fusil requiriendo ó las espadas,

Al Adalid intrépidos siguieron.

Tambien en noble llama fieles arden
 Los hijos de Albion y de Neptuno.
 No receleis que en desplegar retarden
 Su valor generoso y oportuno.
 Bajo las alas del nadante pino
 Cobijan al guerrero de Castilla,
 Helado y mortecino;
 Y certeros tambien de la alta quilla
 La muerte esparcen al feroz carlino.
 A la sembra del brazo de Bretaña
 Los libres, de tinieblas rodeados,
 Impertérritos trepan la montaña
 Dó lanzan sin cesar atrincherados
 Luto y desolacion los enemigos.

Tras del noble estandarte que tremola
 El ínclito guerrero
 De Libertad indómita, española;
 Coronan vencedores
 La formidable cumbre.
 Huyen sus impotentes defensores
 En revuelta y confusa muchedumbre,
 Las mal usadas armas arrojando:
 Y los libres tras ellos fulminando
 La temerosa grey raudos desatan,
 Acosan, atropellan, hieren, matan,
 Hasta que humilde compasion implora
 Hundiendo entre los hombros la cabeza
 Del brazo aterrador á la fiereza,
 Y su cólera enfrena destructora.



¡Victoria y salvacion! Al cielo plugo
 Consolarte, Bilbao!... Alza tu frente:
 ¿Ves acaso en redor solo un verdugo?
 ¿Donde sus rayos van? ¡O gozo hirviente
 Que embalsamas el ánima estasiada!
 Yo me inundo en su mágico torrente.
 Mi mente arrebatada
 En las alas de númenes gigantes
 Al Olimpo ascendió! ¡Oh! ¡Qué hermosura!
 Mil globos rutilantes
 Vuelan bajo mis pies: la edad futura
 No es á mis ojos lóbrega, insondable,
 Como á débil mortal y miserable.
 Llegad, oid, gravando en la memoria
 Mi canto celestial. ¡Júbilo y gloria!
 Eternas horas correrán dichosas
 Sobre la madre España
 Sin hierros, sin cadenas afrentosas.
 Un mar de sangre brotará Pirene,
 Velándose de horror y oscuras nieblas;
 Pero ese mar un grito lo detiene,
 Solo una voz ahuyenta las tinieblas.
 Ufano mecerá su augusta copa
 El árbol de Guernica venerable
 Si cobija su sombra al leon de Europa,
 Que vela en torno suyo formidable.
 Y ¡guay! si mano pérfida y estraña
 Le acariciase aleve!
 Que rugirá con saña,
 Y... ¿quién la vista á levantar se atreve?

¡Oh! Salve, Patria! en tu gozoso llanto
 Hoy recuerdas magníficos los días
 En que fuiste el espanto
 De la invencible Roma,
 Del Galo y de las lunas de Mahoma;
 En Numancia, en Pavia, y en Lepanto.
 Aun hierve de los Cides y Guzmanes
 La sangre valerosa, esclarecida:
 Hierve, oh Patria, en tus bravos capitanes,
 Y hierve en tus soldados esparcida.
 Cual fulgurante sol de la mañana,
 Gozosa frente asomas desde el cielo
 Por contemplar con júbilo y consuelo
 A tus ínclitos hijos de Luchana.

¡Salud, héroes, salud! Libre respira
 La angustiada Bilbao; sus combatientes,
 Con generoso brazo,
 Desciñen de su sién lauros fulgentes
 Para ornar vuestras frentes,
 Y os abren tierno abrazo.
 Himnos cantan de triunfo enardecidos,
 Por raudales de llanto interrumpidos.
 Llegád, las puertas de Bilbao crujieron,
 Y á vuestro esfuerzo heróico se abrieron.

Llegaron, si, llegaron
 Circundados de auréolas de gloria:
 Nunca los cielos ínclita victoria
 Al sufrimiento y al valor negaron.

Se vende á 4 reales en Madrid en las librerías de *Cuesta*, frente á las Covachuelas, de *Villarreal*, calle de Carretas, frente al Correo, y en la de *García*, calle de la Concepcion Gerónima; y á 5 en las provincias en las siguientes.

Badajoz.	<i>Mitter.</i>
Bilbao.	<i>García.</i>
Burgos.	<i>Villanueva.</i>
Barcelona.	<i>Pisferrer.</i>
Cádiz.	<i>Hortal y Compañía.</i>
Cáceres.	<i>Burgos.</i>
Cordova.	<i>Berard.</i>
Coruña.	<i>J. M. Perez.</i>
Granada.	<i>Sanz.</i>
Logroño.	<i>Ruiz.</i>
Málaga.	<i>Carrera.</i>
Murcia.	<i>Benedicto.</i>
Oviedo.	<i>Longoria.</i>
Pamplona.	<i>Longas.</i>
Salamanca.	<i>Moran.</i>
Santiago.	<i>Rey Romero.</i>
Sevilla.	<i>Hidalgo y Compañía.</i>
Valencia.	<i>Mallen.</i>
Vitoria.	<i>Hormilugue.</i>
Zaragoza.	<i>Yagüe.</i>